

Más allá de la noche

Robin T. Popp

Traducción de

María José Losada y Rufina Moreno

Talismán

*Más allá de la noche que sobre mí se cierne,
Negra como el abismo más profundo,
Agradezco a los dioses, cualesquiera que sean
Por mi espíritu inquebrantable.
Caído en las garras de las circunstancias
No he llorado ni me he lamentado.
Bajo el golpe cruel del destino
Mi cabeza ensangrentada, sigue erguida.
Más allá de este lugar de ira y lágrimas
Se vislumbra el Horror de la sombra,
Y aun así la amenaza de los años
Me encuentra, y me encontrará, sin miedo.
No importa cuán difícil sea la entrada.
Cuán cargada de castigos la sentencia,
Soy dueño de mi destino:
Soy el capitán de mi alma.
William Henley*

Capítulo 1

Grandes lenguas de fuego saltaban de la estructura, más brillantes que cualquier despliegue de fuegos artificiales, sobre el cielo de la noche; bellas, hipnóticas y... mortales. Lanie Weber se detuvo en las cercanías, sintiendo el calor en su cuerpo a pesar de la protección del traje térmico.

—El equipo de Lanie avanza por la izquierda; Marcus, tú ve por el centro. Nosotros iremos por la derecha. ¡Vamos!

—La voz del jefe de brigada llegó hasta ella por encima del rugido de las llamas, y Lanie asintió con la cabeza para hacerle saber que lo había oído.

Con la manguera en paralelo a lo largo de su brazo derecho, Lanie agarró firmemente la boquilla con ambas manos.

El compañero que cubría sus espaldas la sostuvo contra su codo cuando el impacto de la presión del agua la envió hacia atrás tan pronto como ésta comenzó a fluir.

Lanie ajustó la presión hasta lograr un chorro controlado y compacto. Se concentró en el lado izquierdo de la estructura;

su objetivo era contener las llamas y proteger la casa de al lado, porque ya era demasiado tarde para salvar la pequeña casa de una planta. Al menos, nadie había resultado herido.

Aunque no oía nada más allá del rugido del fuego, Lanie era consciente de la profunda devastación de la familia. Pensaban que lo habían perdido todo, pero ella sabía qué significaba realmente una pérdida. Las casas, las ropas, todas las posesiones podían ser reemplazadas. Pero la pérdida de un ser querido...

Apartó de su mente aquellos pensamientos y se concentró en combatir el fuego. Tras diez años como bombera voluntaria, tanto el calor de las llamas, como el olor acre del humo, la camaradería con los otros voluntarios o incluso las técnicas de control y extinción de incendios le resultaban sumamente familiares. Esa noche, más que nunca, necesitaba tener muy cerca todo lo cotidiano y familiar.

Horas más tarde, Lanie cortó el agua por última vez y puso la manguera en el suelo, dejándosela a los novatos para que la recogieran. Luego se dirigió a su camioneta. Debido a la adrenalina apenas había notado el transcurrir de las horas. Había sido una noche larga, pero el astro rey ya estaba a gran altura en el cielo. Se quitó el casco y lo tiró a la parte trasera de la camioneta, luego se abrió la chaqueta y agradeció la brisa fresca sobre su cuerpo caliente y sudoroso.

—¿No tienes que coger un vuelo? —El jefe se paró a su lado, levantando el brazo para mostrarle el reloj de su muñeca.

—Bueno, creo que sí. —Su voz sonaba tan cansada como se sentía. Consideró brevemente cancelarlo todo, pero ya casi había terminado con los preparativos.

—Gracias por venir —añadió él—. Habría sido bastante más difícil si no te hubieras presentado.

Se encogió de hombros.

—De todas maneras no me gusta estar en casa sin hacer nada y con esto evito pensar en otras cosas, ya sabes.

Él asintió y pasó un brazo alrededor de sus hombros, le dio un abrazo paternal y luego se alejó rápidamente, dejando que se subiera a la camioneta para enfrentarse con su destino..., sola.

Realmente sola, porque su padre había muerto.

Sabía que el dolor por su pérdida la alcanzaría tarde o temprano, pero en ese momento estaba demasiado entumecida.

Era como estar ante un profundo precipicio, abatida por el viento, sabiendo que tarde o temprano acabaría por caer en aquel abismo oscuro. Pero aún no. Quedaban demasiadas cosas por hacer.

Al llegar a casa, vio parpadear la luz del contestador automático. Al poner el mensaje, oyó la compasiva voz de su jefe instándola a tomarse todo el tiempo libre que necesitase. Agradecida, se duchó y cambió de ropa. Vio que ya pasaba del mediodía. Había estado demasiado deprimida para cenar la noche anterior y demasiado ocupada luchando contra el fuego para desayunar. Tampoco ahora tenía tiempo para comer.

Agarrando la mochila, conectó la alarma de seguridad de su casa y volvió a subir a la camioneta. Atravesó el intenso tráfico de Houston hasta entrar en la autovía de salida de la ciudad. Intentó concentrarse en la carretera, pero sus pensamientos regresaron a unos recuerdos lejanos, pero todavía presentes.

Tenía doce años y su padre la había dejado en la fría y estéril sala de espera del depósito de cadáveres de la ciudad mientras él entraba solo a identificar el cuerpo de su madre. Él no había querido que Lanie recordara la imagen del cuerpo destrozado de su madre durante el resto de su vida. Quería que, en su lugar, la recordara como la última vez que la había visto con vida: activa, feliz y llena de amor y vitalidad. Y así era como la recordaba. Aunque durante muchos años creyó firmemente que todo lo que rodeaba a la muerte de su madre había sido un tremendo error; que su padre había identificado el cuerpo equivocado y que, cualquier día, su madre regresaría. Porque una mujer tan llena de vida nunca se habría rendido a la muerte.

Ahora, dieciséis años más tarde, tenía que aceptar otra vez la muerte de un ser querido. Esta vez era diferente, pensó. Esta vez, habría realmente un final. La tarde anterior, cuando había conseguido hablar por teléfono con el almirante Charles Winslow acerca del accidente de su padre, se había mostrado muy insistente. Si su padre estaba muerto, ella quería ver su cuerpo, y no importaba cuán difícil o imposible fuera de arreglar. Si el cuerpo de su padre no podía ser repatriado, ella misma iría a América del Sur.

Afortunadamente, el almirante lo había comprendido. Amigo desde siempre de la familia, tío Charles era quien había convencido hacía un año a su padre para que dirigiera una investigación secreta. También había sido él quien sugiriera la compañía aérea privada con la que volaría hasta el pueblo de Taribu, al norte de la selva amazónica, ocupándose él mismo de todos los detalles.

De vuelta al presente, Lanie se concentró en conducir. Tres horas después, condujo la camioneta por una estrecha carretera secundaria donde minutos más tarde encontró la

entrada con un letrero en lo alto donde ponía: vuelos privados las 24 horas. *dey & knight*. Atravesando un sucio recinto, aparcó delante de la sencilla construcción blanca que parecía fuera de lugar en medio del inmenso paraje. Detrás había dos edificios más pequeños.

Al salir, Lanie se vio rodeada por un silencio abrumador. Se preguntó si había sido una buena idea conducir hasta allí sola, por no mencionar lo de viajar a América del Sur sin más compañía que el piloto.

Intentando achacar su mal presentimiento a la fatiga extrema o a su miedo a volar, respiró profundamente y entró en el edificio.

—Hola. —Una joven, que vestía un *top* escotado y pantalones cortos azules y ceñidos, la saludó con una sonrisa de cien vatios y unos ojos tan cálidos como el jengibre—. Usted debe de ser la señorita Weber.

Lanie intentó corresponder a su sonrisa, pero fue incapaz.

—Esa soy yo.

—Hablamos ayer por teléfono. Soy Sandra. —Se situó tras el mostrador y tomó un montón de documentos que hojeó rápidamente—. Todo parece estar en orden. Sale hoy con destino a Taribu y regresa mañana, ¿correcto?

Lanie se acercó para no tener que gritar desde el otro extremo de la estancia.

—Así es. ¿Ha habido problemas para obtener la autorización del almirante Winslow?

—No, está todo arreglado. —Cogió el radiotransmisor y habló por él—. Mac, tu pasajera está aquí. —Hubo algún tipo de respuesta ininteligible un segundo después que hizo sonreír a Sandra. Luego centró su atención en Lanie—. Mac estará aquí en un minuto. ¿Le apetece algo mientras espera? ¿No? Vale, si cambia de idea, llámeme. Estaré dentro. —Señaló la puerta que había a sus espaldas, colocó los documentos en el mostrador con una sonrisa y luego desapareció tras la puerta.

Lanie se dirigió a la pared del fondo donde tomó asiento en una silla. El reloj que había encima de ella mostraba que había llegado con una hora de antelación y en su interior se desataron distintas emociones: pena, tristeza, ansiedad. Miró a través de la ventana, esperando distraerse de alguna manera y divisó solo un avión de hélice blanco. Comparado con los aviones comerciales a los que estaba acostumbrada, éste era de juguete, casi incapaz de soportar un largo vuelo con destino a Taribu. «¿Dónde demonios estaba ese sitio?». Su ignorancia la golpeó de lleno. Debería haber mostrado más interés por el trabajo de su padre. Puede que si lo hubiera

hecho...

No, su padre habría ido igual y en su corazón Lanie sabía que él lo había entendido. ¿Durante cuántos años la había arrastrado a todos los enclaves de sus proyectos? Remotos territorios vírgenes en Florida, montañosas regiones de Washington, desiertas llanuras en el sudeste de Texas..., incluso a empobrecidas regiones de labradío de Puerto Rico.

Ella lo había ayudado en sus investigaciones catalogando sus escritos y esa tarea era tan parecida al trabajo de una bibliotecaria que la consecuencia lógica fue elegir esa carrera cuando llegó el momento. Mientras asistió a la universidad se había acostumbrado a la estabilidad que suponía permanecer en un mismo sitio. Después, al ser voluntaria del cuerpo de bomberos y tras conseguir un trabajo en la biblioteca universitaria, asumió que los días de viajar con su padre habían llegado a su fin. Quiso seguir su propio camino.

El ruido de una puerta mosquitera al abrirse y cerrarse de golpe interrumpió sus pensamientos. Alzó la vista para ver a un hombre alto, musculoso y de anchos hombros dirigiéndose hacia ella. Sus rasgos eran oscuros y se movía con la agilidad de un felino asediando a su presa. Solo una leve cojera rompía la imagen de un auténtico depredador. Cuando se acercó más, Lanie se fijó en cómo su denso pelo ondulado caía sobre su nuca. El sol había bronceado su piel hasta un moreno resplandeciente y saludable y sus oscuros ojos color chocolate parecían no perder detalle cuando se detuvieron finalmente en ella.

—¿Señorita Weber? —Su voz profunda la envolvió, provocándole un escalofrío en la espalda y haciéndola repentinamente muy consciente de su apariencia.

—Sí. —Se resistió al deseo de pasarse la mano por la cabeza para arreglarse el pelo. El humo del fuego le había irri-

18

Más allá de la noche 10/5/07 15:56 Página 18

tado los ojos, así que se había puesto las gafas en vez de las lentillas y ahora sentía como si estuviera mirándolo fijamente a través del cristal de un vaso.

—Soy Michael Knight, pero me llaman Mac. Soy su piloto.

—Cuando su mano extendida captó su atención, se dio cuenta de que debía de haberse quedado mirándolo boquiabierto.

—Encantada de conocerle. —Lanie tomó su mano y sintió la textura cálida y áspera contra su piel. Su apretón era sólido y firme, transmitiendo la impresión de una fuerza controlada. Éste era uno de esos hombres que solventaban todos sus problemas con el simple chasquido de sus dedos.

—Tenemos un largo vuelo por delante —dijo él soltándole la mano para poder mirar su reloj de pulsera—. Ya sabe que tenemos que volar primero a Brasilia, y que no vamos exactamente en un avión del gobierno. El vuelo dura aproximadamente ocho horas y haremos una breve parada para resolver algunos detalles administrativos.

Ella asintió con la cabeza, segura de que incluso con todos esos inevitables retrasos llegaría antes que si hubiera tomado un vuelo comercial directo.

—Muy bien, entonces déjeme revisar el plan de vuelo otra vez y nos pondremos en camino. —Ni siquiera esperó su respuesta, se dio la vuelta y se dirigió al mostrador, donde hojeó varios papeles.

En ese momento, apareció Sandra, acercándose inmediatamente a su lado.

—Estás aquí.

—Hola, Bizcochito.—Por primera vez desde que había entrado en la estancia, Mac sonrió, haciendo que Lanie contuviera el aliento. Era guapísimo y Lanie se preguntó sobre la naturaleza de su relación con «Bizcochito». ¿Estaban casados? ¿Se acostaban juntos? ¿Eran solo buenos amigos? Simplemente al especular ponía en relieve lo solitaria que era su vida.

—Nos tenemos que ir.

El anuncio de Mac hizo que una descarga de adrenalina recorriera su cuerpo y observó cómo él se inclinaba para darle a Sandra un casto beso en la mejilla.

—Pórtate bien mientras no estoy.

—Aguafiestas. —Sandra sonrió mientras le devolvía el abrazo, pero su tono se volvió serio cuando añadió—: Ten cuidado, ¿vale?

—Ya me conoces.

—Eso es lo que me preocupa.

Mac se rió entre dientes mientras la soltaba para cruzar la puerta que mantuvo abierta para que Lanie pasase. Una vez fuera, él se detuvo para ponerse unas gafas de sol y luego miró su mochila.

—¿Dónde está el resto del equipaje?

—Esto es todo.

—Perfecto.

Su respuesta fue brusca, en un tono frío y distante, totalmente contrario a la sonrisa afectuosa que le había dirigido a Bizcochito. Lanie intentó juzgar su expresión, pero no pudo ver más que su propio reflejo pálido en las lentes de espejo. Una vez más, le recordó a un depredador estudiando a su presa y cuando él se movió hacia ella, no pudo evitar dar un

paso atrás. Su expresión se transformó en otra de obvia irritación y se sintió tonta cuando él simplemente cogió su mochila.

—Sígame. El avión está por aquí. —Y se fue, sin aparentemente preocuparse de si lo seguía o no.

Algo nerviosa, se negó a dejar que ese hombre la intimidara aún más. Apresurándose para llegar a su lado, intentó relajar la tensión iniciando una conversación.

—El almirante Winslow habla muy bien de usted.

20

Más allá de la noche 10/5/07 15:56 Página 20

Un gruñido fue su única respuesta. Sin dejarse amilanar, lo intentó de nuevo.

—¿Hace mucho que lo conoce?

La recorrió con la mirada, diciéndole sin palabras que la toleraba solo porque no tenía otra opción.

—Diez años.

—¿Estuvo en la Armada?

—Sí.

—Pero ya no está.

—Correcto.

Lanie suspiró. Ella no era una de esas personas que daban conversación con facilidad y su falta de cooperación la frustraba.

—Yo soy bibliotecaria. —Se encogió en cuanto las palabras salieron de su boca. Menuda comparación; había sido un comentario hecho al azar surgido de la desesperación y rezó para que lo ignorara.

—¿De veras? —Su tono reveló una completa falta de interés.

Siguieron caminando en silencio. A unos treinta metros aguardaba el pequeño avión de hélice blanco que había visto desde el edificio. Incluso de cerca parecía diminuto y otro escalofrío recorrió su espalda.

—¿Cuánto tiempo lleva realizando vuelos privados?

—Un año.

«¿Un año?». Lanie casi tropezó. ¿Realmente quería volar a un país extranjero con un hombre que volaba solo desde hacía un año?

—¿Cuánto hace que es piloto? —Quizá ésa era la pregunta clave, o al menos eso esperaba.

—Diez años.

Suspiró aliviada. Cuando alcanzaron el avión, ella se detuvo a su lado esperando que abriera la escotilla.

—Venga, no se pare.

Lanie miró bruscamente a su izquierda, para ver que Mac la miraba desde el otro lado del avión.

—¿Perdón?

—Apresúrese. No tenemos tiempo de hacer turismo.

Confundida, señaló el avión con la mano.

—Pero éste no es...

—¿El avión? —Soltó una breve risita—. Caramba, no. No se me ocurriría volar con un Falcon 2000 a esa parte del Amazonas. —Se apartó y señaló algo que ella no podía ver, oculto al otro lado—. Volaremos en «ése».

Con un mal presentimiento, Lanie se movió al extremo del avión de hélice y miró más allá. Clavó los ojos en Mac horrorizada y comenzó a menear la cabeza.

—Oh, no, no, no. No creo que... que... ¿qué es eso, de todas formas?

—Es un avión. Venga, nos vamos.

Ella continuó mirándolo fijamente.

—Es una lata podrida con alas..., corrijo, un ala y un tronco. Sin duda alguna no esperará que vaya en eso, ¿verdad?

No puedo. No iré ahí.

—Podemos y lo haremos. —Le puso la mano en la espalda y le dio un pequeño empujón—. Las instrucciones del almirante Winslow son trasladarla a Taribu con la mayor brevedad posible. Creo que esas fueron sus órdenes, ¿no? —La recorrió con la mirada, pero no esperó respuesta mientras su mano seguía empujándola hacia delante.

—Los únicos que vuelan a Taribu son traficantes de droga, agentes de la DEA y pobres almas inocentes que realizan un trabajo honrado transportando mercancía de un lado a otro entre las grandes ciudades.

Ya habían llegado al avión y Lanie constató que realmente era un viejo trasto oxidado y estropeado. Mac abrió la escotilla y tiró dentro su mochila antes de volverse hacia ella.

—Personalmente no quiero que los de la DEA piensen que somos traficantes de drogas ni que los traficantes de droga crean que somos de la DEA. Así que tenemos que parecer pobres almas inocentes transportando mercancía. —Señaló el avión con la mano y le dirigió una sonrisa —la primera—; era decididamente diabólica.

—Todos a bordo.

Lanie dio un paso adelante cuando él subió al avión de un salto y vio que el interior no era mucho más seguro que el exterior. Cuando sintió su mirada sobre ella, levantó la cabeza hacia él, protegiéndose del sol con la mano al tiempo que le dirigía una débil sonrisa.

—Paso.

—Le da miedo volar —la acusó.

—Incluso aunque fuera así, tengo serias dudas de que esta «cosa» sea capaz de alcanzar la altitud suficiente como para volar —replicó Weber—. De cualquier manera, le

puedo asegurar que no temo volar..., lo que me da miedo es un fallo mecánico o, lo que es más probable, un error humano. Esta vez su risa pareció todavía más sincera.

—Éste no es el momento de echarse atrás. No sea cobardica, Weber. Estamos perdiendo el tiempo.

«¿Cobardica?». No sabía que odiaba más, su actitud machista o la pésima opinión que se había formado de ella. Se decantó por lo último. Apretó los dientes, respiró hondo y agarrándose a los lados de la escotilla abierta se subió de un salto.

Una vez dentro, Lanie comprobó que el interior era tan malo como temía. Inesperadamente, su mente fue sacudida por una imagen del avión cayendo en picado a tierra, con los motores renqueando y escupiendo nubes de humo.

—Esta cosa es una trampa mortal —masculló ella—. Moriremos incluso antes de salir de Texas.

—Hay que mantener una actitud positiva —la reprendió Mac saliendo repentinamente de un cuchitril en la parte trasera del avión—. Tenga, beba esto. Calmará sus nervios.

—¿Qué es? —Miró fijamente la pequeña taza de poliestireno medio llena de un líquido ambarino.

—Tequila.

Lanie estudió el líquido durante largo rato, debatiéndose en silencio si se apeaba de un salto del avión y echaba a correr o por el contrario permanecía a bordo. Una imagen de la cara de su padre cruzó por su mente y suspiró. En realidad no tenía elección. Quizá era una buena idea tomar algo para relajarse.

—Por favor, dígame que nunca buscará valor ni en una ni en diez tazas como ésta.

Él le dirigió otra de esas amplias sonrisas que la hacían pensar que la encontraba graciosa.

—No en este viaje.

Aunque no confiaba en él al cien por cien, pensaba que no parecía el tipo de hombre que pusiera en peligro su trabajo o la vida de sus clientes por beber alcohol a espuestas.

Además, lo había recomendado tío Charles. Ella aceptó la taza y se la llevó a los labios. El familiar olor dulce y picante del alcohol cosquilleó en su nariz. Preparándose mentalmente bebió de un trago y sintió un resquemor en la garganta.

Le ardieron los ojos y parpadeó varias veces para aclarar la vista. Cuando volvió a enfocar la cabina se preguntó si tal vez fuera mejor beber otro trago. A regañadientes, descartó la idea y le devolvió la taza.

—Se puede sentar en la parte delantera, en el asiento del copiloto. Pero no toque nada. —Le señaló la cabina de

pilotos que, a pesar de su miedo, encontró fascinante. Le gustaron los instrumentos y botones, aunque no tenía ni idea de para qué valía cada uno de ellos. La ventaja era la vista de la ventana delantera, mucho mejor que la que proporcionarían las pequeñas ventanillas laterales.

—Siéntese y deje que la ayude con el cinturón de seguridad.

Lanie se deslizó en el asiento del copiloto y observó cómo sus bronceadas y viriles manos pasaban el cinturón por delante de ella. Cuando el dorso de su mano rozó contra su pecho, se quedó paralizada. Intentó ocultar la reacción involuntaria de su cuerpo, preguntándose si él lo habría hecho a propósito o no. Finalmente, decidió que el contacto no había sido intencionado, porque aunque a ella se le había acelerado el pulso, él, por el contrario, permaneció imperturbable. Después de abrocharle el cinturón de seguridad, cerró la puerta del avión y se dirigió a la parte trasera para hacer lo que fuera que tuviera que hacer antes de despegar. Mientras esperaba a que regresara, Lanie sintió una cálida lasitud en sus músculos y la perspectiva de volar se volvió menos amenazadora.

Cuando Mac volvió a la cabina, no pudo evitar dedicarle una sonrisa radiante. Aunque lo más asombroso de todo fue la que él le brindó en respuesta. En realidad, él estaba guapísimo cuando sonreía, pensó de nuevo mientras su cuerpo se volvía cada vez más ligero y sus preocupaciones se desvanecían como el humo.

—Bueno, creo que ya estamos preparados. —La voz de Mac flotó hasta ella como si llegara de muy lejos. Lanie intentó centrarse en sus palabras, pero le resultó imposible. Se le ocurrió que quizá un trago de tequila no debía de haberla afectado de esa manera y que algo iba muy mal, terriblemente mal.

En ese momento sentía que su cabeza era demasiado pesada para mantenerla erguida, así que la dejó caer contra el respaldo del asiento. Requirió toda su fuerza de voluntad mirar hacia un lado donde la cara de Mac se volvió borrosa.

—¿Qué...? —Su boca se negó a completar la pregunta que gritaba su mente: «¿Qué me ha hecho?».

Después, solo hubo oscuridad.